

LA CABAÑA CIRCULAR EN EL MUNDO TARTÉSICO. CONSIDERACIONES SOBRE SU USO COMO INDICADOR ÉTNICO

Round hut in the tartesic world. Approaches to its application as ethnic marker

Rocío IZQUIERDO DE MONTES

Arqueóloga. C/. Juan Ramón Jiménez, 5, 3.º B. 41011 Sevilla

Fecha de aceptación de la versión definitiva: 10-02-99

BIBLID [0514-7336 (1998) 51; 277-288]

RESUMEN: El análisis formal de las cabañas tartésicas de planta circular y su estudio cronológico revelan su desvinculación de origen respecto de las viviendas del Bronce Pleno local. Su arquitectura las asimila a los muchos testimonios de casas circulares desde finales de la Edad del Bronce de la fachada atlántica. Pueden ser un buen indicador arqueológico para la caracterización étnica de los grupos indígenas en el territorio de Tartessos.

Palabras claves: Vivienda, Edad del Bronce, Andalucía.

ABSTRACT: Cultural rupture of tartesic round huts from local Middle Bronze Age housing has been revealed by their typological and chronological analysis. Moreover architecture resembles them to Atlantic Bronze Age round huts. These houses could be considered an archaeological marker to distinguish ethnic groups in tartesic land.

Key words: Housing, Bronze Age, Andalusia.

1. Introducción

El descubrimiento en 1958 del tesoro del Carambolo y la posterior excavación del “fondo de cabaña” en el que aparecieron las joyas (Carriazo 1969 y 1970), pueden considerarse el verdadero punto de partida en la investigación moderna sobre Tartessos (Pellicer 1986). Con anterioridad, se habían llevado a cabo excavaciones que habían aportado mucha información difícil de sistematizar. Por otro lado, la mayor parte de las investigaciones se habían centrado en el descubrimiento de la mítica ciudad de Tartessos. La celebración del V *Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular* en Jerez de la Frontera en 1968, puso de relieve los problemas que

requerían tratamiento inmediato en torno a la definición de la cultura tartésica. Desde entonces, mucha ha sido la tinta vertida y muchos también los acalorados debates para precisar los elementos que definían lo tartésico, su formación económica y social, su campo animológico, así como las consecuencias de la entrada en contacto de la cultura local con la fenicia.

En el presente trabajo tomaremos como objeto de estudio uno de aquellos elementos que definen étnicamente a Tartessos: la cabaña circular. A la aparición del “fondo de cabaña” del Carambolo (Carriazo 1970) y a la cabaña de la Colina de los Quemados (Luzón y Ruiz Mata 1973), han venido a sumarse pocos más ejemplos repartidos por un espacio geográfico que comprende las actuales provincias de

Huelva, Sevilla y Cádiz, además de las campiñas cordobesas y la Depresión de Ronda, lo que *grosso modo* puede considerarse el área nuclear de Tartessos. Pero, aunque no sean demasiados los yacimientos tartésicos con cabañas circulares, desde la investigación se considera que éste es el tipo de estructura que caracteriza a la población indígena con anterioridad y durante los primeros momentos de contacto con la población oriental (Wagner 1986: 137; Barceló 1995: 564-566; Belén y Escacena 1995a: 73-74). La distribución de las cabañas por el territorio, los materiales y técnicas empleados en el levantamiento de las estructuras, la organización y acondicionamiento del espacio doméstico, los usos y funciones llevados a cabo en su interior, así como la cultura material que las acompaña, nos servirán para determinar, en la medida de lo posible, la cronología y evolución de las viviendas. La sustitución de la cabaña circular por la casa de planta rectangular no será la simple consecuencia del contacto y establecimiento de población oriental en suelo tartésico desde el siglo VIII a.C., sino la evidencia de las transformaciones de las bases económicas y sociales de la cultura local.

Estudiaremos la cabaña circular según criterios tipológicos, constructivos y por su distribución en el espacio y en el tiempo. Pero nos interesa ahora, sobre todo, analizarla como marcador étnico, para lo que contaremos con aquellos elementos que los distintos investigadores han usado para identificarla como la vivienda autóctona. En segundo término ahondaremos en los propios orígenes o vinculación cultural de la casa redonda.

2. Las casas de los tartesios

El epígrafe que introduce este apartado resume en cinco palabras el objetivo que persiguen estas líneas. Con aquello de "las casas de los tartesios" queremos señalar que el espacio doméstico no es sólo un simple contenedor de objetos o una estructura arquitectónica, sino el marco en el que se desarrolla, en parte, la vida cotidiana de un grupo más o menos extenso. Por ello nos acercaremos al estudio de las cabañas a partir de preguntas como ¿dónde estaban?, ¿cómo eran? y ¿cuándo las encontramos?, tratando de darles respuesta con la documentación arqueológica disponible.

En relación con este cuerpo de datos, la exigencia de dar buena cuenta de la cronología y de la función de dichas estructuras, impide utilizar aquellos testimonios que sólo se conocen a partir de prospecciones superficiales y de seguimientos de obras; lo que ocurre, por ejemplo, con un conjunto de estructuras localizadas en la provincia de Córdoba por Murillo (1994: 422). Sobre todo porque la ausencia de excavación arroja demasiada incertidumbre a las conclusiones obtenidas en cada caso por los correspondientes investigadores.

2.1. ¿Dónde estaban? (fig. 1)

Los poblados tartésicos que disponen de cabañas circulares conocidas se ubicaron siempre en regiones y comarcas ocupadas por razones económicas de distinta índole. Pero a la hora de optar por uno u otro punto dentro de un territorio restringido, la elección recayó sobre aquellos sitios más estratégicos en la geografía local. En función de estas dos variables (economía y posición estratégica), normalmente los asentamientos se encuentran sobre los cerros más elevados del entorno inmediato, aunque la vinculación económica de la población que lo ocupa tenga orientaciones distintas según las diversas formaciones geoclimáticas.

Las razones económicas que influyen en la elección regional permiten dividir el conjunto en tres lotes: **a)** poblados en áreas mineras, **b)** hábitats en zonas de interior con grandes posibilidades agropecuarias y **c)** asentamientos en la banda litoral.

a) Las poblaciones tartésicas de la sierra onubense explotan primordialmente los recursos mineros locales, si bien se ha pensado en un aprovechamiento secundario de la comarca en actividades ganaderas de tipo pastoril. El único sitio que en esta zona dispone de una cabaña es Quebrantahuesos (Riotinto, Huelva).

b) En las áreas interiores del Bajo Guadalquivir y en su periferia inmediata, la actividad económica principal debió de ser la agropecuaria. Esto ha quedado reflejado en la documentación arqueológica y en los residuos de la alimentación. No obstante, la instalación de poblados en cruces de caminos o junto a importantes vías de comunicaciones hace pensar también en otras facetas económicas de tipo comercial y en la explotación de recursos secundarios (can-



FIG. 1: Situación de los yacimientos en el marco paleogeográfico de Andalucía occidental: A) Poblados de la Sierra de Huelva (Δ): 1, *Quebrantahuesos*. B) Yacimientos del Bajo Guadalquivir y de su entorno (O): 1, *Monturque*; 2, *Colina de los Quemados*; 3, *Ochavillo*; 4, *Vega de Santa Lucía*; 5, *Montemolín*; 6, *Peñalosa*; 7, *El Trobal*; 8, *Acinipo*; 9, *Cerro de San Cristóbal*. C) Asentamientos en la franja litoral (●): 1, *La Puebla del Río*; 2, *San Bartolomé de Almonte*; 3, *El Carambolo*; 4, *Campillo*; 5, *Vaina*; 6, *La Beatillas*; 7, *Cerro Mariana*.

terras líticas, bosques, etc.). Se conocen cabañas circulares en los siguientes asentamientos: dentro de la provincia de Córdoba, en Monturque, Colina de los Quemados (Córdoba), Ochavillo (Hornachuelos) y Vega de Santa Lucía (Palma del Río); en la de Sevilla, en Montemolín (Marchena) y en el Cerro de San Cristóbal (Estepa); en la de Huelva, en Peñalosa (Escacena del Campo); en la de Cádiz, en El Trobal

(Jerez de la Frontera); y en la de Málaga, en *Acinipo* (Ronda).

c) La franja litoral se extendía en estos momentos por las actuales provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz. El golfo tartésico llevaba sus aguas hasta los alrededores de Coria del Río, unos 14 Km al Sur de Sevilla (Gavala 1959: lám. II; Menanteau 1982: fig. 70), desde donde discurría el estuario del Guadal-

quívir hacia el Norte (Arteaga y otros 1995: fig. 4). Por tanto, los yacimientos de esta zona son en muchos casos costeros, como ocurre con el excavado en el Cerro Mariana (Las Cabezas de San Juan, Sevilla)¹, el de La Puebla del Río (Sevilla), el de San Bartolomé de Almonte (Huelva) o el propio Carambolo (Camas, Sevilla). Pueden haberse aprovechado en algunos casos los recursos marinos, agropecuarios y cinegéticos, como ocurre en el de Las Cabezas de San Juan al parecer, pero los estudios llevados a cabo en muchos de ellos hablan de asentamientos dedicados a la copelación de la plata y a su posterior comercialización por vía marítima. Otros enclaves conocidos corresponden a Campillo, Vaina y Las Beatillas, todos en El Puerto de Santa María (Cádiz).

2.2. ¿Cómo eran?

Las cabañas circulares de los tartesios fueron levantadas con materiales muy perecederos, que lógicamente no han resistido al paso del tiempo ni a la propia acción del hombre. Poco es lo que ha llegado hasta nosotros, y la reconstrucción de las casas habrá de hacerse a partir de los restos de muros, improntas en el suelo y desechos de los materiales de construcción utilizados en el levantamiento de paredes y techos.

En este apartado abordaremos el estudio de su espacio doméstico desde dos perspectivas: la tipológica y la constructiva; puntos de vista distintos pero que se imbrican mutuamente (Vela 1995: 267).

En cuanto a su tipología, se ha usado normalmente el término “circular” para referirse genéricamente a la cabaña tartésica. Pero, en realidad, la planta de estas estructuras es con frecuencia subcircular u oval. Tampoco en todos los casos responden a las mismas soluciones constructivas, sino que pueden diferenciarse dos variedades diferentes: los fondos de cabaña y las estructuras de muros curvos; tipos distintos en los que la elección de uno u otro vendrá determinada por las características del medio físico en el que se levanten.

¹ Estas dos cabañas se detectaron durante las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en 1998 en el yacimiento “Cerro Mariana” bajo la dirección de J. Beltrán Fortes y J. L. Escacena, a los cuales les agradezco los datos. El asentamiento ha sido objeto de un reciente estudio relativo a su identificación con la antigua *Conobaria* (Beltrán 1999).

Fondo de cabaña es “toda estructura destinada al hábitat humano con una infraestructura excavada en el terreno y una superestructura en superficie construida con materiales por lo general perecederos” (Murillo 1994: 421). Entre los fondos de cabaña tartésicos conocidos figuran los de Vega de Santa Lucía (Murillo 1994: 63-131), Ochavillo (Murillo 1994: 190), El Carambolo (Carriazo 1970: 37-59), La Puebla del Río (Escacena y Henares e.p.)², San Bartolomé de Almonte (Ruiz Mata y Fernández Jurado 1986), Peñalosa (Fernández Jurado y otros 1990), Campillo, El Trobal, Las Beatillas y Vaina (Ruiz Mata y González Rodríguez 1994: 219-224).

Las estructuras de planta curva se diferencian de las anteriores en que se levantan directamente sobre el suelo, sin excavación previa de un foso circular correspondiente al solar completo de la cabaña. Al disponer de zócalos de piedra, los cimientos son inexistentes o muy poco profundos. En este segundo grupo figuran las detectadas en las diferentes intervenciones en la Colina de los Quemados, como la del Estrato 14 de Luzón y Ruiz Mata (1973: 10), la de Marcos Pous (1976-78: 420) y las de las Fases III y IV de Murillo (1994: 206-210), la de Monturque (Estrato V) (López Palomo 1987: 185; 1993: 244), las de Montemolín (Fases I.II y II.I) (De la Bandera y otros 1993: 22-28), la del Cerro de San Cristóbal (Estepa) (Juárez 1993; Juárez y otros 1998), las del Cerro Mariana (Las Cabezas de San Juan), las de Quebrantahuesos (Pellicer 1983: 64-66) y las de *Acinipo* (Fase 5) (Aguayo y otros 1985: 299-301; 1986: 38-49). Los muretes sobre los que se levantan las cabañas deben considerarse en realidad zócalos, contruidos unas veces con cantos de río (Luzón y Ruiz Mata 1973: lám. LII) y otras con bloques de piedra caliza mal desbastada (Murillo 1994: 210) o pequeñas piedras trabadas con barro (De la Bandera y otros 1993: 26).

En algunas ocasiones las cabañas aprovechan estructuras anteriores para cargar sobre ellas y reforzar su solidez, de manera que la construcción inferior

² Agradezco a los autores de este informe el permiso para disponer del mismo. Los datos están referidos a una intervención arqueológica de urgencia del equipo del *Proyecto Estuario (Secuencia Cultural y Análisis del Poblamiento durante el Holoceno en la Antigua Desembocadura del Guadalquivir)*, del que formo parte. Dicho proyecto, dirigido por J.L. Escacena, está aprobado y subvencionado por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

cumple la función de verdadero cimiento (De la Bandera y otros 1993: 26). En *Acinipo* presentan un zócalo de cantería sin preparación previa, recurriéndose para la base a piedras de tamaño grande e irregulares, mientras que en la parte superior los tamaños se reducen y los cantos regularizan sus caras, a la vez que disminuye también la anchura del zócalo. En este caso es necesaria una pequeña zanja de cimentación para el trazado y sostén del murete, tal y como se observa en las sucesivas reconstrucciones de las estructuras, que arrasan parte de las paredes y pavimentos de las habitaciones infrapuestas (Aguayo y otros 1986: 40).

En relación con los alzados, los fondos de cabaña dan a conocer dos variedades de cierres: las paredes de tapial y las de materia vegetal perecedera. Las primeras sólo han sido encontradas a través de testimonios indirectos en la estructura 8 de Vega de Santa Lucía (Murillo 1994: 71); las segundas constituyeron tal vez el modelo más extendido, ya que la ausencia de otros indicios las ha hecho la hipótesis más verosímil en la mayor parte de las viviendas estudiadas. A ello se une la presencia en ocasiones de restos de enlucidos o arcilla alisada, que se han interpretado como revoco de dichas paredes vegetales (Ruiz Mata y Fernández Jurado 1986: 44, 53 y 65). En el caso de las construidas con zócalos de piedra, se ha propuesto un cerramiento tanto de adobes (De la Bandera y otros 1993: 22-23) como de ramaje (Aguayo y otros 1985: 300).

El techo se sostenía con postes de madera, de los que pocas veces se han conservado sus agujeros, como en el Fondo II de San Bartolomé de Almonte (Ruiz Mata y Fernández Jurado 1986: 111 y fig. 21). En la Colina de los Quemados (Estratos 15 y 15x), el interior de una cabaña proporcionó unos hoyos de 30 cm de diámetro y 10 de profundidad con una losa en el fondo y en la superficie guijarros circulares y planos. Sus excavadores los interpretaron como "cantareras" para sostener vasos de almacenamiento (Luzón y Ruiz Mata 1973: 10), pero también se han considerado posibles agujeros de poste (Murillo 1994: 424). Dichos pilares sostendrían una techumbre de ramaje vegetal impermeabilizada con arcilla. Cubiertas de esta clase han dejado con relativa frecuencia pellas de barro endurecido en el interior de las estructuras (Carriazo 1970: 44; Luzón y Ruiz Mata 1973: 10).

Al no quedar apenas rastro de los elementos de sostén de la cubierta, se han propuesto diferentes soluciones para la techumbre. Ésta pudo ser cónica y apoyada directamente en las paredes sin necesidad de pilar central, como debió de ocurrir en las chozas de *Acinipo* (Aguayo y otros 1986: 40). Para las del yacimiento cordobés de Vega de Santa Lucía, Murillo (1994: 71) ha sugerido cubiertas a un agua, con la pendiente dispuesta en un plano perpendicular a la inclinación que los vientos dominantes proporcionan a las lluvias.

Los pavimentos se fabricaron de diferentes formas. En unos casos de tierra batida o apisonada de color amarillento (Aguayo y otros 1986: 43), en otros con una capa de cal que se renueva de forma periódica (Luzón y Ruiz Mata 1973: 10). Una tercera modalidad consiste en suelos de cal sobre los que se aplican capas de tierra roja (De la Bandera y otros 1993: 26). En algunas zonas de sierra con pizarra abundante, el interior se enlosó de lajas planas de dicha roca (Pellicer 1983: 64).

El acceso a la cabaña está precedido en algunos casos de empedrados (Luzón y Ruiz Mata 1973: 10). Los de *Acinipo* adoptan forma trapezoidal, y están contruidos con piedras más gruesas en el contorno y menudas en el interior (Aguayo y otros 1986: 45). Una de las cabañas procedentes del Cerro Mariana (fig. 2)³ presenta planta circular delimitada por un zócalo de piedras, sobre el cual se dispuso un alzado posiblemente de tapial. El interior se pavimentó con una capa de tierra rojiza. El muro se ha conservado sólo parcialmente, y una trinchera de saqueo ha permitido seguir la planta casi completa. En el umbral, hecho con barro, se incrustaron en posición invertida siete conchas marinas alineadas transversalmente a la dirección de paso. Se accede al interior a partir de un porche empedrado similar al de las cabañas de Ronda. La otra vivienda se conservaba sólo en un pequeño tramo. Tenía características similares, si bien no se ha conservado más que en un pequeño sector que no incluye la entrada.

En una choza de Montemolín fechada en Época Orientalizante se ha localizado una compartimentación interna del espacio. Un muro divide en dos partes el recinto oval, de manera que una de ellas, que se supone techada, se pavimentó de cal

³ Incluimos dibujo de esta cabaña por ser hasta ahora la única inédita del conjunto que estudiamos

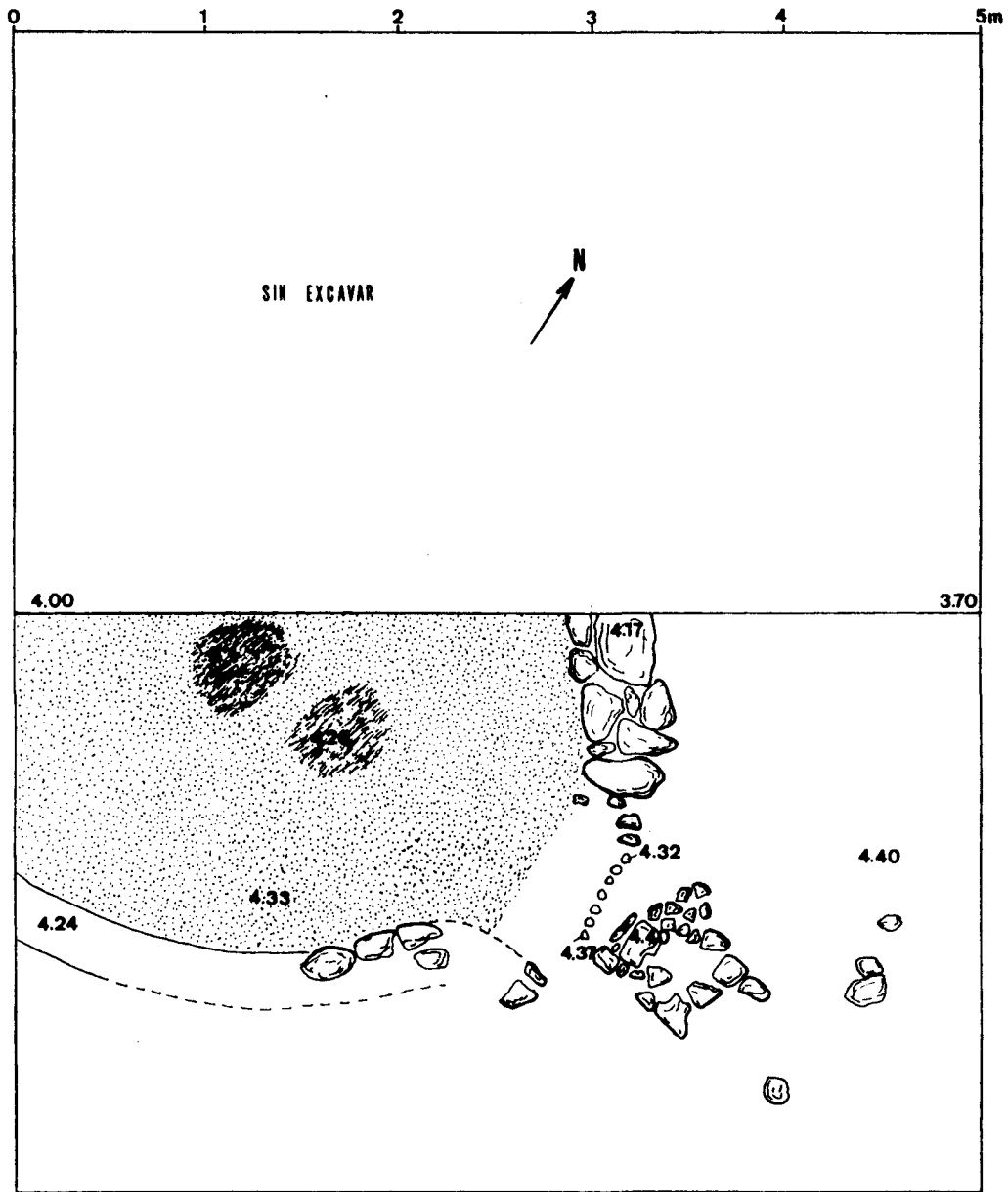


FIG. 2: Planta de una de las cabañas circulares del Cerro Mariana (Las Cabezas de San Juan, Sevilla)

y acogía un banco adosado a la pared, mientras que la otra se destinó a labores domésticas como espacio tal vez descubierto (Chaves y De la Bandera 1991: 701; De la Bandera y otros 1995: 318). Una división parecida mostraba el “fondo 8” de de Vega de Santa Lucía (Fase A). Aquí, el muro divisorio fue obtenido en la propia excavación de las margas al construir la estructura. No se han obser-

vado usos diferentes entre un sector y otro. En el mismo fondo y fase de ocupación se excavaron dos hornacinas en la pared interna de la estructura, sin que se les haya adjudicado función más específica (Murillo 1994: 165). Parecido caso se observa en la cabaña VII de San Bartolomé de Almonte (Ruiz Mata y Fernández Jurado 1986: 105). El resto de las viviendas tartésicas circulares

conocidas hasta la fecha carece de compartimentaciones internas evidentes.

Muchas de estas estructuras no responden a otra actividad o carácter que no sea el doméstico. Suelen presentar en sus niveles de hábitat materiales y elementos que llevan a interpretarlas así: hogares, vajilla cerámica de cocina, mesa y almacenaje, molinos de mano y útiles de piedra, restos de fauna y cereal carbonizado, etc. En una de las cabañas de El Trobal (Jerez de la Frontera, Cádiz) fue posible aplicar el análisis microespacial en su interior, detectándose diferentes áreas de actividad en el contexto doméstico. Una parte se destinó a almacén, con ollas, vasos, urnas y ánforas para la contención de alimentos. Los restos de un taller lítico en otro de los sectores responden a un espacio de producción, si bien destinado al parecer al propio ámbito doméstico. Una tercera zona se usó como cocina y área de consumo de alimentos, según se desprende del hogar y de las formas cerámicas abiertas repartidas por las inmediaciones. Por último, en el sector oriental se depositaron objetos que sus excavadores interpretan como bienes de prestigio, resultantes de los intercambios comerciales con los fenicios: cuarzo, jacintos de Compostela, lucernas de pico, una botella o soporte de cerámica y metales (Ruiz Mata y González Rodríguez 1994: 220-222).

San Bartolomé de Almonte presenta usos diferentes entre las estructuras que componen el poblado. Así, unas se interpretan como unidades de habitación, otras como basureros y otras como lugares donde se llevaron a cabo trabajos relacionados con la metalurgia de la plata, ya se trate de hornos, almacenes o alguna otra actividad (Ruiz Mata y Fernández Jurado 1986: 17-24). A la misma función metalúrgica se atribuyen también las cabañas de Peñalosa (Fernández Jurado y otros 1990: 188), La Puebla del Río (Escacena y Henares e.p.) y Quebrantahuesos (Pellicer 1983: 66).

J. de M. Carriazo (1970: 56-58) interpretó como vivienda la estructura que excavó en El Carambolo tras la aparición fortuita de las joyas del renombrado tesoro. Los materiales procedentes de los niveles de ocupación del "fondo de cabaña" así lo sugerían, ya que consistían en molinos de mano, restos faunísticos, cerámica, carbón y barro endurecido con improntas de cañas. A Carriazo siempre le extrañó que en un contexto doméstico apareciesen joyas y vasijas de tan buena factura. Las revisiones poste-

riores de la estratigrafía, de los materiales y de la propia estructura han sugerido la posibilidad de que se trate más bien de un lugar de culto, y no de una simple vivienda (Blanco 1979: 95-96; Belén y Escacena 1995a: 86).

La excavación en extensión de poblados como Vega de Santa Lucía, *Acinipo* y San Bartolomé de Almonte ha permitido conocer la distribución y organización de las estructuras en el asentamiento. Comparando el modelo que siguen dichos núcleos de población se observan tres tipos: en Vega de Santa Lucía se disponen aisladas por el poblado, dejando espacios sin ocupar entre unas y otras (Murillo 1987 y 1994: fig. 4.2); en San Bartolomé de Almonte se distribuyen en agrupaciones nucleares o subconjuntos de dos o más unidades, que pueden incluir en cada caso cabañas, almacenes, hornos metalúrgicos y basureros (Ruiz Mata y Fernández Jurado 1986: 19 y 71-87); en *Acinipo*, las viviendas se alinean en "calles" (Aguayo y otros 1985: 300; 1986: 49). Este último modelo adapta la distribución de las casas a la topografía, y contradice en gran medida la idea tradicional del poblado de cabañas circulares en el cual las estructuras se dispondrían de forma azarosa sin respetar "trama urbana" alguna (cf. Barceló 1995: 567).

2.3. ¿Cuándo las encontramos?

La consideración de que las cabañas circulares pueden ser atribuidas a las poblaciones indígenas tartésicas se basa en su existencia con anterioridad a la colonización fenicia, si bien se siguieron usando durante el Hierro Antiguo. Dichas viviendas precoloniales constituirían el hábitat típico de las poblaciones que a partir del siglo IX a.C. ocuparían, tras una etapa "oscura", la mayor parte del Suroeste de la Península Ibérica. En dichas fechas asistiríamos en la zona a la formación de la cultura tartésica (Belén y Escacena 1992).

El baremo usado para establecer la barrera cronológica entre las etapas anterior y posterior al impacto colonial fenicio ha sido la cerámica a torno, entendiéndose su ausencia como señal normalmente inequívoca de una etapa precolonial. Belén y Escacena (1995b: 88) han indicado que este método olvida la utilización de otros elementos que delatan contactos directos con las poblaciones orientales: imita-

ciones en cerámica a mano de formas y decoraciones de vasos a torno, planta rectangular de las viviendas, pavimentos de tierra amarilla, materiales exóticos (marfil y huevos de avestruz), metalurgia del hierro, etc. Cosas que indicarían fechas ya del siglo VIII a.C. al menos –o posteriores– sin necesidad de la presencia física de cerámica a torno. Usando este conjunto de indicadores de la fase de contacto, las cabañas circulares halladas en el territorio tartésico se desplazan cronológicamente en gran medida a la etapa colonial, quedando sólo los casos de Ochavillo y Vega de Santa Lucía, en la provincia de Córdoba, como ejemplos de su existencia en momentos anteriores, lo que vendría corroborado en Vega de Santa Lucía por la fecha radiocarbónica del fondo 8 (Murillo 1994: 126 y 190).

Entre las cabañas con cerámicas a mano que copian formas a torno –caso del vaso *à chardon*– figuran la de Colina de los Quemados excavada en 1966 por Luzón y Ruiz Mata (1973: láms V:c, VI:a, VIII y IX) y la descubierta en la excavación de 1976 de Marcos Pous (1976-78: 420).

Tampoco deberíamos dar por precoloniales aquellas estructuras circulares localizadas en contextos cronológicos que conocieron ya habitaciones de planta rectangular, aunque falte la cerámica a torno, sobre todo si se admite que el origen de los muros rectos debe atribuirse al fenómeno colonial fenicio. Este es el caso de la estructura curva de la Fase III de Murillo (1994: 207-210) en la Colina de los Quemados.

La supuesta cabaña circular del estrato VI de Monturque (López Palomo 1987: 186) presenta graves problemas para atribuirle una fecha precolonial. Aparte de que convive en ese mismo nivel con construcciones de muros rectos y pavimentos amarillos, se ha señalado la existencia de cerámica “a la rueda” en dicho contexto (López Palomo 1993: 322 y fig. 61). En cuanto a la cronología de la cabaña de Estepa, los excavadores la han dado por precolonial con base en la ausencia de cerámica a torno, pero los vasos a mano aparecidos corresponden a tipos con siluetas y decoraciones (digitaciones entre otras) muy comunes también en el Hierro Antiguo (Juárez 1993: 762, fig. 4).

En San Bartolomé de Almonte se han datado en época precolonial las unidades sin cerámica a torno. La estratigrafía del Cabezo de San Pedro otorgaría mayor precisión a este esquema cronológico (Ruiz

Mata y Fernández Jurado 1986: 234). Pero la revisión crítica de Belén y Escacena (1995b: 95-96) sólo atribuye a momentos anteriores a la presencia fenicia la fase I-A del Cabezo de San Pedro. En cuyo caso, la mayor parte de las cabañas de San Bartolomé deberían atribuirse a tiempos coloniales.

El hallazgo de huevos de avestruz y de hierro en el “fondo de cabaña” del Carambolo Alto (Carriazo 1970: 53) sería indicio suficiente para admitir la presencia fenicia en el entorno de la paleodesembocadura del Guadalquivir, y por tanto la cronología colonial de la referida estructura aunque no se hubiese encontrado en ella cerámica a torno. A este razonamiento deben añadirse las consideraciones más recientes de F. Amores (1995: 166-168), que apuntan en la misma dirección.

La documentación analizada indica que, hasta la fecha, sólo se conocen cabañas tartésicas precoloniales en la provincia de Córdoba, con un ejemplo seguro en Vega de Santa Lucía (fases A y B del fondo 8) y otros posibles en ese mismo yacimiento (fondos 10 y 12) y en el de Ochavillo (Murillo 1994: 126-127 y 190). En todos los demás casos, la presencia de cerámica a torno, o de otros indicios relativos al contacto con los fenicios, demuestra su adscripción cronológica a momentos coloniales.

Puede afirmarse, como conclusión a este repaso crítico de su cronología, que la serie analizada y su correspondiente ordenación temporal revelan la inexistencia en época precolonial de la cabaña de muros rectos con esquinas redondeadas. Como demuestran *Acinipo* y Quebrantahuesos, este modelo debe fecharse al menos a partir del siglo VIII a.C., aunque conviva con el de planta circular u oval. En cualquier caso, el inicio de esta transformación en la forma de la casa tartésica no supuso el abandono inmediato de la vivienda de planta redonda, ya que la de La Puebla del Río puede haberse usado todavía a comienzos del siglo VI a.C. Y en la secuencia cultural obtenida en un corte realizado en el Cerro Mariana, la cabaña circular más reciente se inserta estratigráficamente entre construcciones de muros rectos. Por otra parte, la existencia de divisiones internas, si bien no muy complejas, se constata desde la etapa precolonial, como demuestra el fondo 8 de Vega de Santa Lucía. Esta característica pervive en el edificio A de Montemolín, de Época Orientalizante. Dichos compartimentos internos no parecen obedecer a áreas de trabajo artesanal especializado, sino

más bien a la división de zonas de servicio doméstico diferenciado (aislamiento de dormitorios respecto del resto, por ejemplo). De cualquier forma, no es la norma general la diversificación de espacios acotados a modo de habitaciones dentro de las cabañas.

3. La cabaña circular como indicador étnico

El estudio de la cabaña circular puede abordarse desde diversas perspectivas. Ya se han tratado sus aspectos tipológicos y constructivos, lo que unido a su distribución por un territorio concreto durante un periodo determinado, permite situar el objeto en cuestión en el espacio y en el tiempo. Otra forma de aproximarse a dicho tema sopesa su valor como indicador de etnicidad. Desde esta perspectiva, consideraremos la cabaña circular uno de los indicadores que definen étnicamente a la población local tartésica. Pero no supone esta hipótesis la negación del carácter tartésico para los grupos que, a partir de época colonial, habitaran en casas de muros rectos y de múltiples divisiones internas al estilo oriental.

La definición de marcadores culturales que dibujen las fronteras de las comunidades protohistóricas no es un método de trabajo nuevo. Con relación al ámbito hispano, P. Bosch Gimpera (1932) y J. Martínez Santaolalla (1946), entre otros, pueden considerarse pioneros en el tratamiento de estas cuestiones, que si durante una época se han considerado por la investigación temas desfasados y etnicistas (por lo que se refiere a la vivienda, p.e. Murillo 1994: 426), de un tiempo a esta parte han vuelto a retomarse (Atkinson y otros 1996). Lo cierto es que hacemos la historia por y desde el presente, condicionados por las circunstancias que nos toca vivir. El resurgir de los movimientos nacionalistas reivindicando la identidad diferencial de ciertos territorios y comunidades humanas, posiblemente ha motivado que desde la arqueología también se trate de delimitar las fronteras de los grupos de la España protohistórica. Sea o no ésta la razón, recientemente se han celebrado de hecho congresos específicos y se han publicado monografías sobre el mundo ibérico (VV.AA. 1976-1978; Ruiz Rodríguez y Molinos 1987; VV.AA. 1991a; Blánquez y Antona 1992), el celta (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero 1993; VV.AA. 1991b) y sobre la paleoetnología de la España Preromana (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero 1992),

además de diversos trabajos específicos en los que se ha tratado de identificar grupos étnicos a partir de elementos de la cultura material, como las armas (Quesada 1989), o de su campo zoológico (Almagro-Gorbea 1982; Chapa y Pereira 1994; Escacena 1992). En cualquier caso, la forma redonda de las casas puede deberse, como han señalado Ruiz Zapatero y otros (1984), a múltiples factores distintos a la propia herencia étnico-cultural.

Las cabañas circulares que se reparten por el Suroeste ibérico han sido unánimemente interpretadas por la investigación como indígenas, es decir, de los tartesios. Así pues, veremos qué criterios se han seguido a la hora de atribuirlos a la población local.

El mundo tartésico está tan ligado a la colonización fenicia occidental que no se entiende sin ella, de ahí que se diferencie una etapa preferencia (hasta el siglo IX a.C.) y otra colonial (siglos VIII-VI a.C.). La entrada en contacto de ambas culturas trajo consigo préstamos e innovaciones que se plasman en el registro arqueológico. En consecuencia, a partir del siglo VIII a.C., momento en el que se fecha el inicio de la presencia de orientales en la zona, se puede establecer un término *ante quem* y otro *post quem*. Entre las innovaciones que acompañan al Período Orientalizante figuran el torno de alfarero y la vivienda de planta rectangular, pero las novedades no suponen un corte o cambio drástico con respecto a lo anterior, sino que el sustrato cultural local pervive y el cambio de sus bases económicas y sociales será lento y paulatino.

Aparte de otras cuestiones de índole social, económico, religioso y tecnológico, el torno de alfarero y la vivienda de muros rectos serán lo foráneo frente a lo indígena, representado esto último por la cerámica a mano del Bronce Final y las cabañas circulares entre otros elementos. Lo nuevo se toma o se imita porque es útil, pero se sigue manteniendo el sustrato local mientras que se adapte a las necesidades de vida. Por ello encontramos patentes rasgos que indican la etnicidad tartésica de aquellos yacimientos con casas redondas todavía en época colonial: cabañas circulares con cerámicas a mano que imitan formas a torno, cabañas circulares con cerámicas a torno, cabañas circulares con pavimentos amarillos o rojos, y cabañas circulares que conviven con habitaciones de planta rectangular. Todas estas modalidades mostrarían los rasgos de etnicidad tar-

tésica de las casas redondas sin necesidad de remon-
tarse a contextos precoloniales para determinar su
carácter indígena.

En algunos de los yacimientos con habitaciones
redondas de época tartésica, como San Bartolomé de
Almonte (Ruiz Mata y Fernández Jurado 1986: 233)
y Vaina (Ruiz Mata y González Rodríguez 1994: 223)
se detectaron estructuras de habitación circulares
de la Edad del Cobre. Este hecho ha dado pie a que
se plantee una continuidad cultural desde el III al I
Milenio a.C (Ruiz Mata y González Rodríguez 1994:
210 y 225). Pero dicho supuesto pasa por alto cier-
tos detalles que han quedado en la sombra, como
aquellos que atañen a las viviendas del Bronce
Medio. Se trata de una fase todavía poco conocida en
Andalucía occidental, pero que cuenta con asenta-
mientos en los que conocemos algunas construccio-
nes. Éstas son siempre de muros rectos, por lo que
nada tendrían que ver con las calcolíticas ni con las
del Bronce Final. Así, las habitaciones de poblados
del Bronce Medio como Setefilla (Aubert y otros
1983: 43, fig. 12) y el Berrueco de Medina Sidonia
(Escacena y De Frutos 1985: 15, fig. 5), entre otros
yacimientos bajoandaluces, constituyen claros ejem-
plos de este fenómeno.

Una segunda postura de la investigación sostie-
ne que a partir de los siglos IX-VIII a.C. se detecta-
ría una marcada unidad cultural entre los yacimien-
tos de Andalucía occidental (Belén y Escacena
1995b: 98-99) que poco le debe al período del Bron-
ce Medio local. La discontinuidad cultural entre el
Bronce Medio y el Final se explicaría desde esta otra
posición a partir de un hiato poblacional ocurrido en
el Suroeste peninsular a finales del segundo milenio
a.C. (Escacena 1995).

La etapa final de la Edad del Bronce en la mitad
occidental de Andalucía presenta en su repertorio
material y campo animológico más parecido con los
pueblos que habitan la fachada atlántica peninsular
que con la fase cultural precedente. Aunque García
y Bellido (1971: 34) vio en la cabaña circular del
Noroeste hispano un origen remoto en el Próximo
Oriente, entre el resto de los investigadores se la
considera característica de las comunidades proto-
históricas de la fachada atlántica peninsular y, a
mayor escala, de la llamada "Cultura del Bronce
Atlántico" primero y de la "Cultura Castreña" des-
pués. La cabaña circular sería así uno más de los
rasgos comunes de lo atlántico. El marco geográfico

de este mundo comprende un espacio costero baña-
do por el Océano pero con territorios al interior que
mantienen contacto con la costa. Dichos territorios
están unificados culturalmente por una metalurgia
común, pero también por ritos y –tal vez– costum-
bres funerarias (Ruiz-Gálvez 1987: 251-252). Todos
estos elementos los encontramos presentes a finales
de la Edad del Bronce en el Suroeste peninsular
(Belén y Escacena 1995a: 72-75; 1995b: 98-113). La
vinculación con el mundo atlántico está también
presente en Extremadura, territorio interior pero
vinculado con la costa y que por su riqueza metalífera
participa de la misma cultura. Las cabañas circulares
de Sagrajas, los depósitos votivos y los tesoros aurí-
feros, el vacío de representaciones de divinidades y
registro funerario, acercan a estas tierras a la corrien-
te cultural que estamos describiendo (Celestino y
otros 1992: 311-314).

* * *

El estudio de las cabañas circulares tartésicas
ha revelado que pueden constituir un buen marcador
étnico a la hora de diferenciar a las comunidades
indígenas de las orientales una vez iniciada la colo-
nización fenicia.

En época precolonial tal vez fue el único tipo de
vivienda construido por la población tartésica, si
bien otras comunidades del Bronce Atlántico tam-
bién la utilizaron. Su uso se prolongó durante el
Período Orientalizante, al menos hasta el siglo VI
a.C. Pero probablemente durante el Hierro Antiguo
también vivió la población tartésica en casas de
muros rectos de inspiración mediterránea. De ahí
que para esta época de florecimiento de la cultura
tartésica no sea posible distinguir la vinculación
étnica de las familias que habitaron en casas de
muros rectos si no se atiende a otros marcadores
arqueológicos.

4. Bibliografía

- AGUAYO, P.; CARRILERO, M.; DE LA TORRE, M. P. y FLORES,
C. (1985): "El yacimiento pre y protohistórico de Aci-
nipo (Ronda, Málaga). Campaña de 1985", *Anuario
Arqueológico de Andalucía/ 1985. II Actividades Sis-
temáticas*: 294-304.
— (1986): "El yacimiento pre y protohistórico de Aci-
nipo (Ronda, Málaga): un ejemplo de cabañas del Bron-

- ce Final y su evolución”, *Arqueología Espacial*, 9. *Coloquio sobre el microespacio* 3: 33-58. Teruel.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1982): “Tumbas de cámara y cajas funerarias ibéricas. Su interpretación socio-cultural y la delimitación del área cultural ibérica de los bastetanos”, *En Homenaje a Conchita Fernández Chicarro*: 249-257. Madrid, Ministerio de Cultura.
- y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.) (1992): *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Actas de la Reunión Celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense. Madrid, 13-15 Diciembre de 1989), en *Complutum* 2-3.
- (eds.) (1993): *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid, ed. Actas.
- AMORES, F. (1995): “La cerámica pintada estilo Carambolo: una revisión necesaria de su cronología”, *Tartessos 25 Años después, 1968-1993. Jerez de la Frontera*: 159-178. Jerez, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- ARTEAGA, O.; SCHULZ, H. D. y ROOS, A.-M. (1995): “El problema del ‘Lacus Ligustinus’. Investigaciones geoarqueológicas en torno a las Marismas del Bajo Guadalquivir”, *Tartessos 25 años después*: 99-135. Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- ATKINSON, J.; BANKS, L. y SULLIVAN, J. (eds.) (1996): *Nationalism and Archaeology. Scottish Archaeological Forum*. Glasgow, Cruithne Press.
- AUBET, M. E.; SERNA, M. R.; ESCACENA, J. L. y RUIZ DELGADO, M. M. (1983): *La Mesa de Selefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979* (Excavaciones Arqueológicas en España 122). Madrid, Ministerio de Cultura.
- BARCELÓ, J. A. (1995): “Sociedad y economía en el Bronce Final tartésico”, *Tartessos 25 Años después, 1968-1993. Jerez de la Frontera*: 561-589. Jerez, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J. L. (1995): “Las comunidades prerromanas de Andalucía occidental”, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.) *Paleoetnología de la Península Ibérica*, en *Complutum* 2-3: 65-87.
- (1995a): “Interacción cultural fenicios-indígenas en el Bajo Guadalquivir”, *Arqueólogos, historiadores y filólogos. Homenaje a Fernando Gascó. Tomo I*, en *Kolaios* 4: 67-101.
- (1995b): “Acerca del horizonte de la Ría de Huelva. Consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el Suroeste Ibérico”, Ruiz-Gálvez, M. (Ed.), *Ritos de paso y puntos de paso: La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo. Complutum, Extra* 5: 85-113.
- BELTRÁN J. (1999): “Las Cabezas de San Juan (Sevilla): de *Vgía a Conobaría*”, *Habis* 30: 383-295.
- BLANCO, A. (1979): *Historia de Sevilla, I. La ciudad Antigua (Desde la Prehistoria a los Visigodos)*. Sevilla. Universidad de Sevilla.
- BLANQUEZ, J. y ANTONA, V. (coord.) (1992): *Congreso de Arqueología Ibérica: Las necrópolis* (Serie Varia 1). Madrid, Universidad Autónoma.
- BOSCH GIMPERA, P. (1932): *Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona, Ed. Alpha.
- CARRIAZO, J. de M. (1969): “El Cerro del Carambolo”, *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*: 311-340. Barcelona, Universidad de Barcelona.
- (1970): *El tesoro y las primeras excavaciones en “El Carambolo” (Camas, Sevilla)* (Excavaciones Arqueológicas en España 68). Madrid, Ministerio de Cultura.
- CELESTINO, S.; ENRIQUEZ, J. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1992): “Paleoetnología del área extremeña”, en Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.): *Paleoetnología de la Península Ibérica*, en *Complutum* 2-3: 311-327.
- CHAPA, T. y PEREIRA, J. (1994): “Las etnias prerromanas del sureste: problemas de su comprobación arqueológica”, *II Congreso de Historia de Andalucía. Historia Antigua. Córdoba, Diciembre de 1993*: 89-105. Córdoba, Junta de Andalucía y Cajasur.
- CHAVES, F. y DE LA BANDERA, M. L. (1991): “Aspectos de la urbanística en Andalucía occidental en los s. VII-VI a.C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)”, *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici II* (Roma, 9-14 Novembre 1987): 691-714. Roma.
- DE LA BANDERA, M. L.; CHAVES, F.; ORIA, M.; FERRER, E.; GARCÍA VARGAS, E. y MANCEBO, J. (1993): “Montemolín. Evolución del asentamiento durante el Bronce Final y el Período Orientalizante (Campañas de 1980 y 1981)”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 4: 15-48.
- DE LA BANDERA, M. L.; CHAVES, F.; FERRER, E. y BERNALDEZ, E. (1995): “El yacimiento tartésico de Montemolín”, *Tartessos 25 años después. 1968-1993 Jerez de la Frontera*: 315-332. Jerez, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- ESCACENA, J. L. (1992): “Indicadores étnicos en la Andalucía prerromana”, *Spal* 1: 321-343.
- (1995): “La etapa precolonial de Tartessos. Reflexiones sobre el «Bronce» que nunca existió”, *Tartessos 25 años después. 1968-1993 Jerez de la Frontera*: 179-214. Jerez, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- y DE FRUTOS, G. (1985): “Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)”, *Noticiario Arqueológico Hispánico* 24: 7-90.
- y HENARES, M. T. (e.p.): “Un fondo de cabaña de época tartésica en La Puebla del Río (Sevilla). (Excavación Arqueológica de urgencia)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1994. III, Actividades de Urgencia*.
- FERNÁNDEZ JURADO, J.; GARCÍA SANZ, C. y RUFETE, P. (1990): “Prospección con sondeo en Peñalosa (Escacena, Huelva)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1990. II, Actividades Sistemáticas*: 185-190.

- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1971): "Orígenes de la casa redonda de la cultura castreña del N.O de la Península", *Revista de Guimarães* LXXXI: 25-35.
- GAVALA, J. (1959): *La Geología de la Costa y Bahía de Cádiz y el poema "Ora Maritima", de Avieno*. Madrid, Instituto Geológico y Minero de España. Edición facsímil en Cádiz, Diputación Provincial, 1992.
- JUÁREZ, J. M. (1993): "Excavaciones de urgencia en el Cerro de San Cristóbal. Estepa (1993). Corte C.", *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1993/III. Actividades de Urgencia*: 759-765.
- CÁCERES, P. y MORENO, E. (1998): "Estepa tartésica. Excavaciones en el cerro de San Cristóbal", *Revista de Arqueología* 208: 16-23.
- LÓPEZ PALOMO, L. A. (1987): "Prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el yacimiento de Colina del Castillo de Monturque, en el término municipal de Monturque, provincia de Córdoba", *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1987. II, Actividades Sistemáticas*: 180-192.
- (1993): *Calcolítico y Edad del Bronce al Sur de Córdoba. Estratigrafía en Monturque*. Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.
- LUZÓN, J. M. y RUIZ MATA, D. (1973): *Las Raíces de Córdoba. Estratigrafía en la Colina de los Quemados*. Diputación Provincial de Córdoba. Córdoba.
- MARCOS POUS, A. (1976-78): "Aportaciones a la localización y conocimiento de la Corduba prerromana", *Simposi Internacional: Els Orígens del Món Ibèric (Barcelona-Empúries, 1977)*, en *Ampurias* 38-40: 415-422.
- MARTÍNEZ SANTA OLALLA, J. (1946): *Esquema Paleontológico de la Península Ibérica*. Madrid.
- MENANTEAU, L. (1982): *Les Marismas du Guadalquivir. Exemple de Transformation d'un Paysage Alluvial au Cours du Quaternaire Récent*. Université de Paris-Sorbonne.
- MURILLO, J. F. (1987): "'Fondos de cabaña' de Vega de Santa Lucía (Palma del Río, Córdoba)", *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1987. III, Actividades de Urgencia*: 147-150.
- (1994): *La Cultura Tartésica en el Guadalquivir Medio*, en *Ariadna* 13-14.
- PELLICER, M. (1983): "El yacimiento protohistórico de Quebrantahuesos (Riotinto, Huelva)", *Noticiario Arqueológico Hispánico* 15: 59-91.
- (1986): "Historiografía tartésica", *Habis* 7: 229-241.
- QUESADA, F. (1989): "Consideraciones sobre el uso del armamento ibérico para la delimitación de unidades geopolíticas", *Fronteras. Arqueología Espacial* 13 (Teruel, 1989): 111-120. Teruel.
- RUIZ-GALVEZ, M. (1987): "Bronce Atlántico y "Cultura" del Bronce Atlántico en la Península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria* 44: 251-264.
- RUIZ MATA, D. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (1986): *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)*, en *Huelva Arqueológica* VIII.
- RUIZ MATA, D. y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1994): "Consideraciones sobre asentamientos rurales y cerámicas orientalizantes en la campiña gaditana", *Spal* 3: 209-256.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS, M. (eds.) (1987): *Iberos. Actas de las I Jornadas Arqueológicas sobre el Mundo Ibérico / Jaén, 1985*. Jaén, Ayuntamiento de Jaén-Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- RUIZ ZAPATERO, G.; LORRIO, A. y MARTÍN HERNÁNDEZ, M. (1984): "Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico", *Arqueología Espacial* 3: 79-101.
- VELA, F. (1995): "Para una prehistoria de la vivienda. Aproximación historiográfica y metodológica al estudio del espacio doméstico prehistórico", *Complutum* 6: 257-276.
- VV.AA. (1976-78): *Simposi Internacional: Els Orígens del Món Ibèric (Barcelona-Empúries, 1977)*, en *Ampurias* 38-40.
- (1991a): *Fortificacions. La problemàtica de l'ibèric ple: (segles IV-III a.C.)*. *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica. Manresa, 6-7-8 i 9 de Desembre del 1990*. Manresa, Centre d'Estudis del Bages-Societat Catalana d'Arqueologia.
- (1991b): *Los Celtas en la Península Ibérica*, en *Revista de Arqueología* (n.º especial).
- WAGNER, C. G. (1986): "Notas en torno a la aculturación en Tartessos", *Gerión* 4: 129-160.